

El impacto de la Primera Guerra Mundial en la sociedad británica

Regina Claro Tocornal
Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

Abstract

This article, as part of the series on the First World War, outlines the big changes that England underwent as a result of its participation in this conflict. These differences did not affect its international position or its relationship with the Dominions, but pervaded all areas of British society, altering its society, economy, politics, education and labor.

La Guerra de 1914 fue un hito histórico de muchísima más importancia que los anteriores conflictos europeos, pues no sólo trajo el resultado de ganadores y perdedores, de traspaso de tierras a diferentes dominios con las consiguientes modificaciones de líneas fronterizas y aún, creación de nuevas naciones, sino significó una profunda transformación en el equilibrio internacional, así como también una profunda transformación dentro de las sociedades mismas de las naciones que en ella participaron, fuesen éstas vencedoras o vencidas.

Es ésta última consecuencia la que analizaremos en estas páginas, en lo relativo a la sociedad inglesa, en cuanto a los cambios que sobrevinieron en la relación de los individuos entre sí y de éstos con el Estado. Como asimismo, la posición de Gran Bretaña en el concierto internacional.

Aun cuando pueda considerarse que la Inglaterra de principios del siglo XX ya estaba enfrentándose a la pérdida de su supremacía mundial, con la entrada en escena de la competencia norteamericana y alemana, el pueblo británico, aun no

consciente de esa rivalidad, podía considerarse privilegiado sobre la faz de la tierra, en una vida superior y cómoda, que se alteraría radicalmente después de la Guerra del 14. Este conflicto, más que un desafío al poderío inglés, más que el reducir a esta nación de su sitial de *primertísima potencia* mundial, a una situación todavía de gran potencia, pero compartida con otros estados, significó un profundo cambio en el modo de vida de la sociedad inglesa.

Inglaterra se ha caracterizado por ser una nación pragmática que, anticipando los acontecimientos históricos ha podido evolucionar y adoptar nuevas formas de un modo relativamente pacífico. Gracias a esta ventaja de desarrollo paulatino y gobierno estable pudo, a partir de fines del siglo XVII, extender sus dominios ultramarinos. En América agregó Canadá y algunas posesiones caribeñas; en Africa Occidental, Senegal, Bahía de Dakar, más adelante, Islas Mauritius (Siglo XIX), Uganda, Nigeria, Sudán, Protectorado sobre Egipto, Ciudad del Cabo, Canal de Suez, Rhodesia. En Asia, India, Birmania, enclaves en Indochina, Borneo, Hong-kong; control sobre la parte meridional del Irán, Singapore, Ceylán. En Europa, Gibraltar, Malta. Y finalmente el continente australiano.

Todo ello significaba tener control sobre un cuarto de la superficie terrestre y dominar la misma proporción de su población. Y los enclaves, cuidadosamente escogidos, aseguraban la libre comunicación con todas sus posesiones. Protegidos por la mayor flota del mundo, tenían los británicos el papel de mercaderes universales y portadores hasta las más lejanas y atrasadas tierras, no sólo de bienes comerciales sino de avances técnicos creados en Europa, en suma, de civilización, hacia un mundo que retribuía con materias primas y productos exóticos.

Se había convertido así en la primera nación del mundo, muy lejos; en el centro y árbitro financiero y comercial. Simultáneamente, la Revolución industrial de la que fue pionera, transformó una nación comercialmente exitosa en una potencia de otra magnitud, un cambio gradual que no tuvo agravantes revolucionarios¹. En 1851, año de la Gran Exposición en Hyde Park, la indiscutible hegemonía británica hacía pensar a sus ciudadanos que, por estar muchísimo más adelantados que las demás naciones, esta superioridad era natural y estaba destinada a perdurar en el tiempo². Lo que no veían en ese momento eran los peligros potenciales que generaría su misma política de "Laissez faire", de comercio libre, atendida exclusivamente a las conveniencias del intercambio.

En efecto, primero, Gran Bretaña estaba contribuyendo a la larga a la expansión de otras naciones, al construir sus ferrocarriles, puertos, proporcionarles capacidad marítima, etc; al desarrollar su agricultura y establecer industrias, lo que permitía a productos de ultramar rivalizar con los domésticos. Y segundo, que gradualmente la alimentación británica procedería más del extranjero que de sus propias cosechas. En el medio siglo que siguió a la Exposición de 1851, la proporción de ingresos que producía el campo inglés con relación a la renta nacional, varió de 20.3% en 1851 a 6.4% en 1901. Eso se tradujo en un éxodo del campo hacia la

ciudad, especialmente el masculino, que en un 40% había abandonado las labores rurales en busca de mejores salarios en las ciudades. Mucho tuvo que ver la apertura del mercado de granos de Norteamérica, que proporcionaba alimentación a mejor precio. Pero en ese momento parecía no importar la decadencia de la agricultura, ya que era premisa no hacer nada “que pudiese impedir el curso normal de los mercados financieros”³.

Pese a todo, en 1900 Gran Bretaña continuaba siendo el más vasto imperio, con una industria moderna y floreciente, con todos los beneficios que de ella derivaban. Pero esta industria no contemplaba el equipamiento bélico⁴. El tamaño de la economía británica en el mundo no iba a la par con su capacidad combativa. Sólo su Armada era fuerte. Pero ni de esto, ni de la emergencia de los EE.UU. y el Imperio Alemán estaba consciente el ciudadano común de las Islas Británicas, y tenía gran orgullo por su nacionalidad.

Otro factor favorable para Inglaterra era su insularidad, que determinaría su relación con Europa, ya que le permitía mantenerse al margen de las contingencias de los países limítrofes, si bien siempre alerta para que el crecimiento de uno u otro no alterara el equilibrio europeo. Terminadas las guerras napoleónicas, Gran Bretaña volvió a su sitio de privilegio insular, vigilante en cuando a no perder su posición de árbitro de conflictos internacionales. La guerra de Crimea fue una excepción.

Aún después de 1870 en que se completó la unidad alemana, Gran Bretaña parecía no tener rival, pues Bismarck declaró en 1871 que no abrigaría adicionales ambiciones territoriales. Pero al asumir el trono, Guillermo II pensó de otro modo. Con su relación psicológica de amor-odio hacia la tierra exitosa de su imponente abuela, pondría en jaque todo el *statu quo* europeo, que mantenía tranquila a Inglaterra. No concordaba con Bismarck en el que Alemania estuviese satisfecha con sus límites, y esta nación era el único poder emergente –excepto EE.UU.– que se expandía sus fronteras hacia el Este u Oeste, podía desafiar el orden existente. Parecía de vital importancia a las naciones en vías de desarrollo, el abrirse camino en Europa y los continentes más primitivos, pero era aún más urgente para las grandes potencias mantener su preeminencia.

En 1899 se negocia la alianza dual franco-rusa, en respuesta a la doble alianza germano-austríaca y a la triple, incorporando a Italia en 1902. Al doblar el siglo, Gran Bretaña comprendió que no podía seguir en su espléndido aislamiento, y pacta primero en 1902 con Japón y luego, finalizada su disputa con Francia sobre el reparto del África del Norte, celebra la “entente cordiale” de 1904. Más tarde llegará a un acuerdo con Rusia sobre partición de influencias en Irán, que le interesaba para asegurar la ruta a la India. Acercó a ambas naciones, pero nunca en el grado de amistad anglo-francesa, que se fue acrecentando a medida que el Kaiser Guillermo la ponía a prueba ensayando intervenciones en África francesa.

El resultado de todas estas alianzas y conversaciones fue que el Kaiser se propuso incrementar su marina de guerra, en forma de equipararla a la inglesa. Nunca

quiso acordar una limitación de armamentos con Gran Bretaña; ésta respondió con la fabricación de los *Dreadnoughts*, barcos de guerra con cañones y velocidad de desplazamiento muchísimo mayores que los hasta entonces construidos. Y el almirante Fisher también ordenó traslados de la armada desde el mar Mediterráneo hacia el Mar del Norte.

Pese a todo, poca gente de la clase dirigente británica vislumbraba el peligro de una guerra próxima. Eduardo VII hizo todo lo posible por evitarla, pero se llegó a 1914 sin una clara conciencia de ir camino a una conflagración. Y eso que, si se observan los cuadros estadísticos, se puede constatar que ya Inglaterra iba perdiendo el liderazgo en rendimiento industrial, como tampoco lo tenía en poderío militar. El público inglés, inconsciente de esto, vivía en una sociedad ideal.

En 1914, cualquier ciudadano británico sensato, respetuoso de las leyes, podía vivir sin apenas notar la presencia del Estado, excepto porque proporcionaba el cuerpo de policía y el servicio de correos. No tenía restricción alguna de desplazamiento dentro o fuera de su patria, ni necesidad de cédula de identidad, ni pasaporte; ni siquiera limitaciones cambiarias o de inversiones en el extranjero. Podía entrar al ejército o la marina si ésa era su vocación, pero no tenía la deber de hacer el servicio militar. En impuestos, los ciudadanos sólo aportaban el 8% del ingreso nacional. Es más, un extranjero podía vivir en Gran Bretaña sin permiso y sin informar a la policía⁵. El Estado, pese a su mayor participación en la vida privada inglesa desde principios de siglo, sólo lo hacía para ayudar a quienes no podían subsistir solos, salvo en materia educacional, rubro que el Estado consideraba más excepcionalmente de su incumbencia; pero hasta 1914 no había hecho tampoco mucho en ese sentido (escuelas en los sitios donde no las había confesionales, obligatoriedad y gratuidad de la instrucción básica, y poco más).

Ya han sido analizados en otros artículos los motivos inmediatos para entrar a la guerra. Desde el punto de vista inglés, ya hemos mencionado las causas indirectas: rivalidad con Alemania, necesidad de mantener su preeminencia, temor a que un triunfo alemán sin su participación la dejase expuesta a tenerse que defender sola en el futuro contra una nación aplastante; pero faltaba el elemento que desatara la ola de indignación en la población británica y su vehemencia por contenerlo. Y ello fue la violación por parte de Alemania de la neutralidad de Bélgica que Gran Bretaña estaba comprometida a defender casi desde los albores de la constitución de ese reino en 1830.

En un *week-end* la opinión pública se volcó sola hacia la consideración que había que respetar los compromisos internacionales y que la invasión de Bélgica era un atropello hacia los pueblos más débiles. El gobierno pudo entonces declarar la guerra sin temor a la reacción popular. Por lo demás la asumía sin aprensión. Se creyó que el conflicto duraría sólo tres meses, a tiempo para que los combatientes celebrasen la Navidad con sus familiares. Era casi un desafío deportivo, de cuyo rápido éxito nadie dudaba. Nadie imaginó los profundos cambios que traería para

la nación británica, sin contar con el gran número de bajas humanas, especialmente masculinas; tanto que puede considerarse una generación perdida de hombres con educación.

Sólo Lord Grey, ministro del Foreign Office, exclamó que las luces de Europa se apagarían y que su generación no las vería prenderse de nuevo⁶.

Medidas que se hicieron necesarias en el transcurso de la guerra

El peso mismo de los acontecimientos significará un cambio en las relaciones interpersonales y en la de los particulares con el Estado. Los peligros e infortunios hermanan a los seres, y ya, por ejemplo un Lord no podría mirar como inferior a un jardinero que era héroe de guerra. Ni tampoco se podría seguir discriminando a la mujer en la función pública, cuando se demostraba capaz de reemplazar a los hombres que estaban en el frente, o de sacrificarse en el campo mismo de batalla en calidad de enfermeras. Estas consideraciones traerían después su inclusión en la política activa.

Por otro lado, el ciudadano británico debe adaptarse a la intromisión del Estado en la economía y a un eclipse temporal de sus libertades individuales. Desde luego el Estado debe enfrentar el financiamiento de un gran presupuesto para formar un ejército para aumentar las magras fuerzas de la "Expeditionary Force" –único contingente militar existente al comienzo del conflicto–. Esto significó 1.000 millones de libras iniciales, que, en el correr del tiempo obligó a un presupuesto diez veces mayor. Por ello el Estado debe intervenir en ingresos e importaciones para dirigirlos a la industria bélica. Debe señalarse que el alistamiento fue al principio exclusivamente voluntario, con una respuesta de la población masculina verdaderamente impresionante y heroica; pero ya en 1916 fue necesario implantar la conscripción obligatoria. En la vida diaria también se tendrán que adoptar restricciones a la libertad individual. La campaña de los "U boats" puso en peligro el abastecimiento alimenticio que, como vimos anteriormente, dependía en gran parte del aporte foráneo. Esta incertidumbre obligó a un control sobre la distribución de alimentos, y el inglés hubo de adaptarse a un racionamiento que, aunque de ningún modo fue severo, significaba una cortapista al derecho de todo británico a alimentarse como lo desea.

Políticamente se produjo la unidad de partidos, la postergación del problema con Irlanda y se llegó a un acuerdo con las "Trade Unions" para impedir las huelgas, salvo con los mineros.

Estas medidas que involucran a toda la población y a todo el tejido económico-social, significan que una sociedad elementalmente liberal e individualista se convierta en una corporativa y solidaria, que ha de aceptar restricciones en su acción. Todo esto se toma como algo temporal, con el convencimiento que una vez llegada

la paz, el orden y funcionamiento volverá a ser el mismo de antes de 1914. Pero nada pasa en vano; todo deja su huella; y en Gran Bretaña, como en las demás naciones, habrá cambios de los cuales no se podrá volver atrás.

Lo que no varió durante la guerra fue el espíritu con que se luchó y la respuesta de la población ante las dificultades. Pese a que algunos intelectuales opusieron reservas mentales frente a la idea de combatir, a que el reclutamiento forzoso de 1916 trajo algunas protestas y alejó a los irlandeses separatistas, y a que hacia 1917 se hizo sentir el cansancio y cierta desesperanza por lo lejana que se veía la victoria, el espíritu inglés no se desanimó y la moral se mantuvo alta.

Transformaciones en el tejido social, político e internacional británico

Al quedar toda la nación involucrada, desaparece la distinción entre combatientes y no combatientes: todo el mundo ha jugado un rol apreciable y lo ha hecho al máximo de su capacidad. Por otra parte, el honor de ir al frente y comportarse heroicamente iguala a los combatientes, cualquiera sea su origen social. Lo que importa es el valor.

El inglés medio debe seguir aceptando un control estatal, que si bien no se mantiene con toda la rigurosidad de la guerra, persiste en cierto modo en las labores del Ministerio de Municiones, que después abarca otros aspectos de la vida inglesa, con un programa de vivienda, de bienestar social y de *status* de la mujer. Las minas de carbón, la marina mercante, los ferrocarriles, caen bajo control estatal. hasta los empresarios se unen en la "Federation of British Industry".

En materia económica, se acaba el "Free Trade" y el "laissez faire", tendiéndose hacia la política de preferencia imperial preconizada por el partido Conservador. Se subieron los salarios. Una "Corn Production Act" intentó y en cierto modo, consiguió temporalmente reavivar las faenas agrícolas. El hundimiento de barcos logrado por los alemanes con su campaña submarina, trajo consigo el control de las importaciones y la distribución preferencial de las materias primas a las industrias.

En lo concerniente a educación, la proposición y Acta Fisher establece la gratuidad general de la educación primaria y medidas para hacer accesible a todo el mundo la secundaria y superior.

Se reforma la ley electoral, ampliando la base de votación a prácticamente toda la población masculina y a la femenina mayor de 30 años, alcanzando casi la democracia total. Se amplió por una vez a los combatientes aunque fuesen menores de edad.

Pero tal vez las mayores consecuencias internas se advirtieron en el alineamiento de las fuerzas políticas. Los conservadores habían entrado al gobierno inicialmente liberal en 1915, formando una coalición nacional. En diciembre de 1916

Lloyd George asumió como Primer Ministro en reemplazo de Asquith, significando la división en las filas liberales y el preludio de la desaparición del histórico heredero de los Whigs del escenario político británico. Lloyd George fue el hombre fuerte que dominó sin contrapeso, apoyados por todos, incluso laboristas, que ganó la guerra, pero hundió a su partido. Esto fue a beneficio de un emergente Partido Laborista, que obtuvo sus votos de la inscripción masiva de los "Trade Unions", de los liberales descontentos con la guerra y de aquellos que veían para siempre perdidos sus postulados de libre comercio... Pero los reales ganadores fueron los conservadores, que atrajeron hacia sus filas a los liberales seguidores de Lloyd George y, olvidando sus rencillas de tarifas y otros puntos, realizaron el esfuerzo de guerra como los patriotas que ellos mismos se consideraban; pudieron así capitalizar el triunfo debido a la conducción de Lloyd George. La elección de 1918, a diferencia de la de 1944, respaldó al Primer Ministro y le dio en las urnas la confirmación en su cargo, junto a sus aliados tories. El Partido Laborista los siguió en las preferencias electorales, demostrando hasta qué punto las aparentemente limitadas formas de descontento del período bélico habían tenido implicancias políticas. Quedaba ya constituido en el partido que haría el peso al Conservador en las futuras justas electorales.

El resultado demográfico fue sumamente grave para Gran Bretaña. Murieron 750.000 personas, en su gran mayoría hombres jóvenes y cultivados; 250.000 quedaron heridos, algunos de ellos incapacitados; otros 200.000 perdió el Imperio.

Con respecto a los Dominios, éstos respaldaron sin dudarlo a la Madre Patria. Botha, el antiguo jefe boer, ocupó el Africa Occidental alemana; los canadienses franceses pelearon contentos porque Francia estaba en la gesta. Grandes bajas de australianos y neozelandeses hubo en la aventura de Gallipoli. Pero una vez terminada la contienda, consideraron que debían acceder al status de naciones libres, con un nexo con la corona. Se soltaron las amarras constitucionales que las unían al Reino Unido, y se dejó de considerar la formación de un Parlamento Federal en Londres, idea acariciada antes de 1914. Exigían que un Ministerio local en cada una de las comunidades: Sudafricana, Canadiense, Australiana, Neozelandesa, asesorara al Gobernador General, que representaría al Rey de Inglaterra en la misma calidad con que él gobernaba las Islas Británicas en su relación con el Parlamento. Estos Dominios entraron en categoría de naciones en los Tratados de paz de Versalles y en la Liga de las Naciones.

También se aflojaron los lazos con Irlanda, que en 1922 conseguiría la independencia de la parte sur del territorio, después de su separación del Ulster.

Así, si bien Gran Bretaña parecía aumentar sus compromisos coloniales con las cláusulas de los Tratados que le reconocían protectorados sobre Palestina, Irak y Egipto, su imperio colonial iniciaba su emancipación que sería aceptada en una primera fase en el Estatuto de Westminster en 1931.

Y en el interior se inicia de modo paulatino la organización nacional que conducirá a la instauración del "Welfare State".

Los documentos adjuntos nos indican cómo la posición productiva e industrial inglesa da paso a otras naciones, especialmente EE. UU. y luego Alemania, que han de superarla y quitarle su posición de árbitro mundial en comercio y finanzas, y que, si bien no pierde su *status* de Gran Potencia, pasa a ser una de las grandes hasta la próxima conflagración, pero deja de ser la gran usina del mundo y garante del equilibrio europeo.

APENDICE DOCUMENTAL

Cuadros estadísticos (*)

Tabla 1
Población Total de las Grandes Potencias, 1890-1920. (en millones)

	1890	1900	1910	1913	1920	
1 Rusia	116.8	135.6	159.3	175.1	126.6	1
2 Estados Unidos	62.6	75.9	91.9	97.3	138.3	2
3 Alemania	49.2	56.0	64.5	66.9	42.8	5
4 Austria-Hungría	42.6	46.7	50.8	52.1	--	
5 Japón	39.9	43.8	49.1	51.3	55.9	3
6 Francia	38.3	38.9	39.5	39.7	39.0	6
7 Gran Bretaña	37.4	41.1	44.9	45.6	44.4	4
8 Italia	30.0	32.2	34.4	35.1	37.7	7

Tabla 2
Niveles de industrialización per cápita, 1880-1928.
(en relación con G.B. en 1900 = 100)

	1880	1900	1913	1928	
1 Gran Bretaña	87	< 100 >	115	122	3
2 Estados Unidos	38	69	126	182	1
3 Francia	28	39	59	82	4
4 Alemania	25	52	85	128	2
5 Italia	12	17	26	44	5
6 Austria	15	23	32	--	
7 Rusia	10	15	20	20	7
8 Japón	9	12	20	30	6

Tabla 3
Potencial industrial total de las Potencias, 1880-1928.
(Con una perspectiva relativa. G. B. en 1900 = 100)

	1880	1900	1913	1928	
1 Gran Bretaña	73.3	< 100 >	127.2	135	3
2 Estados Unidos	46.9	127.8	298.1	533	1
3 Alemania	27.4	71.2	137.7	158	2
4 Francia	25.1	36.8	57.3	82	4
5 Rusia	24.5	47.5	76.6	72	5
6 Austria-Hungría	14	256.	40.7	-	
7 Italia	8.1	13.6	22.5	37	7
8 Japón	7.6	13	25.1	45	6

Tabla 4
Partición relativa de la producción manufacturera mundial. 1880-1928
(porcentajes)

	1880	1900	1913	1928	
1 Gran Bretaña	22.9	28.5	13.6	9.9	3
2 Estados Unidos	14.7	23.6	32.0	39.3	1
3 Alemania	8.5	13.2	14.8	11.6	2
4 Francia	7.8	6.8	6.1	6.0	4
5 Rusia	7.6	8.8	8.2	5.3	5
6 Austria-Hungría	4.4	4.7	4.4	--	
7 Italia	2.5	2.5	2.4	2.7	6

Tabla 5
Producción de hierro-acero de las Potencias. 1890-1920
(Millones de toneladas; lingotes de Fe. para 1890, acero después)

	1890	1900	1910	1913	1920	
1 Estados Unidos	9.3	10.3	26.5	31.8	42.3	1
2 Gran Bretaña	8.0	5.0	6.5	7.7	9.2	3
3 Alemania	4.1	6.3	13.6	17.6	7.6	2
4 Francia	1.9	1.5	3.4	4.6	2.7	4
5 Austria-Hungría	0.97	1.1	2.1	2.6	--	
6 Rusia	0.95	2.2	3.5	4.8	0.16	7
7 Japón	0.02	--	0.16	0.25	0.84	5
8 Italia	0.01	0.11	0.73	0.93	0.73	6

Tabla 6
Contingente naval y militar de las Potencias. 1880-1914

	1880	1890	1900	1910	1914
Rusia	791.000	677.000	1.162.000	1.285.000	1.352.000
Francia	543.000	542.000	715.000	769.000	910.000
Alemania	426.000	504.000	524.000	694.000	891.000
Gran Bretaña	367.000	420.000	624.000	571.000	532.000
Austria-Hungría	246.000	346.000	385.000	425.000	444.000
Italia	216.000	284.000	255.000	322.000	345.000
Japón	71.000	84.000	234.000	271.000	306.000
Estados Unidos	34.000	39.000	96.000	127.000	164.000

Tabla 7
Tonelaje de barcos de guerra. 1880-1914

	1880	1890	1900	1910	1914
Gran Bretaña	650.000	679.000	1.065.000	2.174.000	2714.000
Francia	271.000	319.000	499.000	725.000	900.000
Rusia	200.000	180.000	383.000	401.000	679.000
Estados Unidos	169.000	?240.000	333.000	842.000	985.000
Italia	100.000	242.000	245.000	327.000	498.000
Alemania	88.000	190.000	285.000	964.000	1.305.000
Austria-Hungría	60.000	66.000	87.000	210.000	372.000
Japón	15.000	41.000	187.000	496.000	700.000

Tabla 8
Renta Nacional, Población e Ingreso *per capita* en 1914

	Ingreso nacional (billones dólares)	Población (millones hab.)	Ingreso per cápita (dólares)
Estados Unidos	37	98	377
Gran Bretaña	11	45	244
Francia	6	39	153
Japón	2	55	36
Alemania	12	65	184
Italia	4	37	108
Rusia	7	171	41
Austria-Hungría	3	52	57

Tabla 9
Producción de armamento británico. 1914-1918

	1914	1915	1916	1917	1918
Ametralladoras	300	6.100	33.500	79.700	120.900
Aviones	200	1.900	6.100	14.700	32.000
Tanques	--	--	150	1.110	1.359

Tabla 10
Gasto de guerra y total de fuerzas movilizadas entre 1914-19

	Gastos a precios de 1913 (billones de dólares)	Total fuerzas movilizadas (millones)
Imperio Británico	23.0	9.5
Francia	9.3	8.2
Rusia	5.4	13.0
Italia	3.2	5.6
Estados Unidos	17.1	3.8
Otros Aliados(**)	0.3	2.6
Total	57.7	40.7
Alemania	19.9	13.25
Austria-Hungría	4.7	9.00
Bulgaria, Turquía	0.1	2.85
Total. Pot. Cent.	24.7	25.10

(*) Datos obtenidos de Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, New York, 1989, Vintage Books Edition.

(**) Otros aliados: Bélgica, Rumania, Portugal, Grecia, Serbia.

NOTAS

- 1) Kennedy, Paul, *The Rise and Fall of the Great Powers*, p. 151.
- 2) *The Oxford History of Britain*, The Modern Age, vol. V, pp. 1 y 2.
- 3) Beloff, Max, *Wars and Welfare*, p. 5.
- 4) Kennedy, op. cit., p. 152.
- 5) Taylor, A. J. P., *Historia de Inglaterra*, p. 17.
- 6) Joll, James, *Europe since 1870*, p. 193.

BIBLIOGRAFÍA

BELLOF, MAX, *Britain's Liberal Empire, 1897-1921*, vol I, Imperial Sunset. London, 1987. Macmillan.

BELLOF, MAX, *Wars and Welfare-Britain 1914-1945*, London, 1984.

CHURCHILL, WINSTON, *The Second World War*, vol. I The Gathering Storm. London, 1974, Bantam Books.

HOUGH, RICHARD, *Eduardo VII y la Reina Alejandra*, Buenos Aires, 1993, Javier Vergara Editor.

JOLL, JAMES, *Europe since 1870, An International History*, London 1990, Penguin Books.

KENNEDY, PAUL, *The Rise and Fall of the Great Powers*, New York, 1989, Vintage Books Editions.

MAUROIS, ANDRÉ, *Eduardo VII*.

PUGH, MARTIN, *The Making of Modern British Politics 1867-1939*, London, 1990, Basil Blackwell.

TAYLOR, A. J. P, *Historia de Inglaterra 1914-1945, México, 1989, F.C.E.*

THOMSON, DAVID, *Historia Mundial 1914-1950, México, 1959, F.C.E.*

UNIVERSIDAD DE OXFORD, *The Oxford History of Britain*, vol. V, escriben H.G.C. Matthew y Kenneth Morgan, Oxford 1992.